

→ ardillas revolotean con su rápido trasiego deambulando de rama en rama.

Al fondo, sucumbida de esmeraldas aquietadas, la gran laguna se extiende con perfiles de nieve ya fundida, y en el Circo se intensifican los destellos del sol reflejándose en las aguas tan dóciles, sutiles remansos donde los caballeros se acercan a beber lentamente. Ahora el águila real planea convertida en quebranto del aire, sobrevolando avizor en la planicie de los picos aserrados y firmes, ascendiendo hasta el cénit de este instante, persiguiendo tal vez la huella de una próxima víctima de sus potentes garras.

Se transparenta el velo de la tarde en sus lejanos desfiladeros de roca inmensa: poco a poco se desvanece el día en un rojo destello, silueteando la esbeltez de los picos, la densa materia del granito. Se oye un silencio resquebrajado por los últimos pájaros del día que vuelven en manada a sus nidos.

La laguna va tomando todos los tonos del atardecer, consumiendo en su fondo de piedras y de arbustos el descanso líquido de los peces dormidos. Sobre la noche un búho real desciende como las alas de una mariposa gigante que se durmiese junto a la sed de lo oscuro, aleteando sonámbulo entre los últimos secretos de las flores.

2

En el verano se consume el trasiego de los que llegan a Gredos a desafiar al cálido tiempo del estío. Allí la vida transcurre en apacible quietud, en el lento transcurrir de un tiempo envuelto en la claridad ardiente de los días de sol y las noches frescas, limpias y transparentes en cielos de intensos caminos de estrellas como borbotones encendidos en la oscuridad.

Has cruzado el puerto del Pico, culminando su cima ensimismada frente a la extensa planicie del valle, acompañado de la calzada romana, como un descenso donde se hace curvo el sendero que atraviesa los campos acercándonos hacia el final del valle, partiendo en dos el paisaje, hasta que se divisa en lontananza el castillo de Mombeltrán y nos aproximamos, entre pinares iluminados de frescas sombras, a Arenas de San Pedro, cuando la sierra se hace más cálida y más azul, cuando se encarama en cada una de las gargantas el agua tersa y fría de las alturas.

Gredos se mira en los ojos de la triste condesa, encerrada en su castillo frente a las cimas de las cumbres más firmes, y busca en la estrechez del sendero el florido silencio de los pueblos tumbados en la solana, antes de llegar a Candeleda, donde la sierra de Gredos se enrojece con el pimentón, y la tierra es más Andalucía entre palmeras y naranjos, en una simbiosis de olores que perfuman los claveles en los balcones.

Una ronda de guitarras y laúdes pasea las calles invitando a la música y la danza, sonando con estrepitosa serenidad mientras ascendemos hasta Chilla, donde la Vera de Cáceres se abre más allá de la mirada en una planicie de ríos dormidos.

Catalina la torera se esconde tras los árboles frondosos, y Camilo José

Las horas de la noche transcurren hacinadas entre olores de carne dorándose a las brasas

Cela busca, caminante sin rumbo, las fuentes del sendero donde refrescar la garganta. Ya anocheciendo, cuando el sol de Gredos baña todo el horizonte en chispazos de anaranjados bucles, un silencio sólo roto por las cigarras entre los pinos y los grillos pesarosos en su cavernas humildes lo transforma todo en un meloso vibrar de balidos de estrellas.

En la sierra de Gredos las horas de la noche transcurren hacinadas entre olores de carne dorándose en las brasas, donde con secreta lentitud lo envuelven todo en un apacible sosiego. Los pájaros nocturnos

silban en la espesura, y un circunloquio de alimañas retorna al confín de los parajes más tímidos. La luna se esconde en una nube deshinchada entre los altos miradores del cielo.

Amanece entre sonoros riachuelos que bañan la sierra. Un chorro que desciende de las entrañas del mundo golpea sutilmente la roca azulada y amarilla de la mañana.

3

He vuelto a la sierra de Gredos en los últimos días del otoño, cuando el color de la luz se hace de plata y los árboles guardan el resquicio de las hojas talladas en las ramas vacías. La piedra azul de las crestas altísimas de la montaña reverbera en la lejanía con un rubor de nácar.

Atravesé el puerto de Menga en una ascensión hacia un frondoso pinar, hacia donde las piedras caballerías se levantan con temblor de si-

glos. El sol cegaba brillante y limpio, transparente, y en la distancia se presentían las primeras nieves en las cimas de los montes. Lejos el Almanzor escrutaba hilos de nubes blancas algodonosas que se encendían en la altura. Un águila sobrevolaba con majestuosa quietud los cielos de un azul sin perfiles. Cerca Navalsáuz se perdía en un camino bifurcado y secreto, encerrando en sus muros los versos de Rubén Darío, la memoria que Francisca Sánchez guardó en sus recuerdos tan callados.

Estamos entrando en Gredos, imaginando que las capras hispánicas van salpicando las alturas, se van escondiendo en los matorros de arbustos o entre las rocas encendidas por el sol de la mañana. Hay una luz ancha como un torrente de intensos resplandores de claridad sonámbula. Los caminos se alzan enhiestos por los intrincados desfiladeros, por las subidas hasta la cumbre. Atrás

quedan las fuentes que descienden desde las alturas, que se desfogan en los chorros, que manan con desnudez de frío.

El Parador de Gredos, piedra gris de plata sucia, sostiene los días del otoño, las primeras nevadas y los tiempos pasados, el helador silencio de las noches, los misterios de la palabra en los encuentros donde don Alfonso Querejazu reflexionaba junto con intelectuales y escritores, sobre las grandes cuestiones de Dios y del espíritu. Lejos quedan aquellos días venturosos que servían de pórtico al compromiso y a la vida.

Gredos de los ríos transparentes y trucheros, iluminados por el estaño de sus escamas de colores y reflejos de cantos rodados. Allí queda Miguel Delibes caminando, andarin de su órbita, hasta las riberas de las aguas donde poder cobrarse alguna pieza.

La sierra bosteza cansancio de luces y se enturbia →

